

La máquina

Por: Simón Murillo

Edad: 15 años

Colegio San Ignacio

Pregunta: ¿Quién gobierna la ciudad?

Los cuarenta segundos más sociedad de una sociedad son los previos a la abordada del metro. Las barreras sociales, culturales y económicas desaparecen y lo único que importa es el deseo de llegar a la puerta. La tierra prometida. Se Desaparece el individuo y este se convierte en el colectivo más perfecto que nuestra sociedad puede llegar a idear. Tus ideas o tu voz poca cabida tienen acá. Si haces lo impensable y te detienes, toda la perfecta máquina se retrasará y los otros engranajes no tardarán en reprimirte.

En nuestra sociedad, construida sobre los valores del trabajo duro, del capital y de un sistema de ascenso piramidal, ningún trabajo es tan igual y tan eficiente, como lo es la abordada al tren de las seis de la tarde. Señoras de la limpieza, oficinistas, gerentes y estudiantes. Toda la clase media y baja se congrega con la caída del día para volver al hogar. Nos volvemos iguales por cuarenta segundos, sin importar que aquel gane el cuádruple que esta. El tumulto es el gran abrazo comunitario de aquellos que no se pueden permitir un carro.

Yo no tengo la suerte de estar incluido en la hermandad de los pobres que responden por intermediarios a los ricos y a los poderosos. Yo hablo directamente con El Jefe y él me da las órdenes solo a mí. Me suele dar casas y carros, pero solo son medios para hacer el trabajo, mis verdaderos activos son limitados a un pequeño piso y a una cuenta bancaria irrisoria con la que le pago el asilo a mamá.

Mi Jefe es el hombre más poderoso de esta ciudad. Pocos lo saben; yo, unos pocos colaboradores y sus colegas en los negocios conocemos la verdad. Nadie mueve un dedo sin su permiso, él, a través de su dinero, de sus redes y de sus artimañas se ha adueñado de esta ciudad.

Yo hago valer su poder, mi función es recordarles a los competidores de El Jefe que él existe y de paso, mover hilos para que los acontecimientos se desarrollen como él quiera. Así como la gente que aborda el metro en hora pico, yo también soy parte del engranaje, soy una rueda del largo brazo que El Jefe extiende sobre la ciudad. Y así como los usuarios del metro, mientras trabajo, pierdo mi individualidad. Mi juicio carece totalmente de efecto o de sentido. Además le pago la casa a mamá.

El trabajo de hoy es uno de rutina: tengo que dejar el paquete en el vagón del metro, luego me bajo en la siguiente estación y asunto resuelto. Me imagino que será una bomba. Si es química o explosiva no sé. Tengo entendido que El Jefe tiene unos contratos en la construcción del metro entonces me imagino que debe ser del segundo tipo. Además, normalmente es más limpia, no

juega con la posibilidad de que quede un pasajero sobreviviente que pueda delatarme. Aunque estoy acostumbrado a hacer este tipo de cosas, cuando manejo bombas suelo ponerme nervioso. El problema de estas, radica en un pequeño tic-tac que sale del mortal artefacto. Un defecto caricaturesco que los diseñadores insisten en seguir colocando, a pesar del gran número de quejas recibidas. Aunque es bastante difícil escuchar el suave sonido de relojería, es más que suficiente para ponerlo a uno intranquilo.

La llevo en una maleta. No puedo evitar pensar en que alguien escucha el tic-tac; aun cuando logren captar algo de entre el murmullo, serán completos extraños al mortífero sonido.

Pero me pongo nervioso, el metro apenas acaba de arrancar y todavía faltan dos estaciones antes de que pueda bajarme. Cuando una señora me mira por una milésima más de segundo de lo que debería, se me tensan los músculos y un sudor frío recorre mi nuca. Aprieto con fuerza la manija de la maleta. A dos milímetros de mi cara tengo a un tipo que me esta echando el aliento en la cara.

¿Nunca has notado que la gente suele respirar en sintonía? Es la única vez que El Jefe me ha dicho algo que no tiene que ver con el trabajo. Él cree firmemente en la capacidad natural de algunos, una especie de *Übermenschs*, para gobernar, para lidiar con lo que llama “Las ovejas incapaces de escuchar que las llevan al matadero”, esa gente, que el gobierna, ajena a todo. Me dijo lo orgulloso que se sentía de lo única e individual que era su respiración.

Más aún, empezaba a sentir que se formaban inquietantes intervalos de silencio entre el ruido de las conversaciones y el choque de los cuerpos. En esos momentos de silencio, cada vez mayores, lo único que se escuchaba era el mecánico tic-tac de la muerte que se avecinaba. Ese tic-tac, iba cobrando sonoridad a medida que aumentaba el silencio, a mis oídos el subliminal tono mecánico se había convertido ahora en un perforador gemido que resonaba en las sucias ventanas del metro.

Muy pronto, todos esos otros ruidos: las conversaciones, las quejas y bufidos, desaparecieron. Lo único que se escuchaba era la respiración coordinada de noventa personas apiñadas en un módulo de metro. Y ese tic-tac, ese tic-tac de los infiernos que sonaba entre cada inhalada masiva de la sociedad. Hasta sus movimientos parecían funcionar como uno solo, transformados en la máquina perfecta, con una misma conciencia, con un mismo cuerpo.

Esa masa humana solamente se tambaleaba violentamente con cada tic-tac, ese sonido agónico que amenazaba con acabar su unidad. Dos estaciones más y la bomba estallaría, una estación más y me bajaría.

Distraído contando los segundos y los metros que me acercaban a la estación, no noté como la Máquina me iba rodeando. Ya no se escuchaba nada, solo el tic-tac y los amenazantes pasos de humanos acercándose a su presa.

Solo era cuestión de segundos antes de llegar a la estación, segundos rápidamente ocupados por el movimiento regular y controlado de noventa personas, aproximándoseme. Pronto, todas estas

formaban un semicírculo rodeando mi silla. Como un gran abrazo comunitario, sentí decenas de manos sujetarme y arrancarme el maletín de encima. Luché y grité pero poco servía ante el esfuerzo concentrado de hombres y mujeres.

En la estación, alguien salió con el maletín. Y nunca se volvió a ver.